

# “Arraigados en Dios”

## Para leer la Biblia con provecho

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: “Tu fe te ha salvado; vé en paz”  
(Lc. 8:42b-48)  
(12 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.**  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



## **“Tu fe te ha salvado; vé en paz” (Lc. 8:42b-48) (12 días)**

Día 1

Lc. 8:40-56

El lugar del acontecimiento en Lc. 8:40 es la ribera del lago de Galilea, cerca de Capernaum (Vea Mt. 9:1; Mr. 5:21.) Jairo, el principal de la sinagoga vino a Jesús pidiéndole insistentemente ayuda por su hija moribunda. Vemos que Jesús no titubeó ni un momento. Estaba dispuesto enseguida a ayudar y seguro que recibió de parte de Su Padre la certeza para hacerlo. Se nos dice que Jesús iba hacia la casa de Jairo. Probablemente éste vivía en Capernaum. Aquel que conoce de las excavaciones y sabe como eran de estrechas las calles, se puede imaginar la situación cuando dice en el v.42 en el texto original: “Las multitudes lo ahogaban.” Una mujer aprovechaba esta situación de estrechez para poder acercarse a Jesús. Intercalado en la historia de la resurrección de la hija de Jairo encontramos otro impresionante acontecimiento del cual nos ocuparemos en los próximos días: La curación de la mujer del flujo de sangre (Lc. 8:42b-48).

Los acontecimientos que concurrían uno tras otro nos muestran en forma especial cómo Jesús utilizaba Su tiempo disponible, cómo estaba abierto y dispuesto para los encargos de Su Padre. ¿Cuál es nuestra actitud en cuanto a este aspecto? ¿Nos tomamos tiempo para preguntar a Jesús por cuestiones personales, de nuestra familia y de la iglesia? ¿Le preguntamos lo que Él quiere en este día, las próximas semanas, meses y quizás más adelante? “Despertará mañana tras mañana mi oído para que oiga...” “Muéstrame, oh Jehová, tus caminos...” (Is. 50:4; Sal. 25:4). ¿Acaso somos lo suficientemente flexibles para cambiar nuestro programa, cuando Jesús nos necesita en otro lugar distinto al que habíamos planeado? (Lea Hch. 8:26ss; 10:9ss; 13:1ss; 16:6-10.)

Día 2

Lc. 8:43; Ez. 34:16

¡Enfermedad incurable! ¿Qué se puede hacer?

Para los médicos esta mujer era un enigma: Desde hacía doce años sufría de flujo de sangre. Se nos dice que gastó todo su sostén para curarse y nadie la había podido ayudar. ¿Cómo habrá vivido esta mujer este largo tiempo de enfermedad? ¿Cuáles habrán sido sus pensamientos? ¿Quizás pensaba: “Ya no hay ayuda.” “Estoy abandonada por todos.” “A mí nadie me puede ayudar.” “Tampoco le importo a Dios, de lo contrario me hubiera brindado ayuda.” “Valgo menos que un puñado de tierra.” “No doy más.” “No tengo dinero, ni para vivir, ni para morir.” Esta mujer estaba en una situación miserable: estaba enferma, débil por la pérdida de sangre, y con el tiempo llegó a empobrecerse totalmente. Además como mujer judía debía ajustarse a la ley judaica con sus preceptos. “Si tomaba la ley en serio, entonces ella no podía tocar a ninguna persona, ni ir a la sinagoga, ni al templo, ni al mercado” (G.Maier; comp. Lv. 15:25.26).

La mujer estaba en un tremendo dilema: Si cumplía la ley entonces debía aceptar una vida en completa soledad, excluida de cualquier persona. Debido a que ella podía contaminar a otros, lo mejor era que no saliera de su casa ni recibiera visitas. Pero si no lo hacía, tenía que ser consciente de transgredir los mandatos de Dios. Ella tenía que esperar que otros la recriminaran por su falta o se enojaran con ella o la evitaran por completo. (Lea Sal. 143:1-11; 6:1-9.)

Día 3

Lc. 8:43

El texto bíblico no nos revela de qué manera la mujer vivió todos estos años con sus dificultades. Probablemente aprendió a arreglárselas, aceptando su situación, como podía.

O se rebeló contra su destino, luchando con Dios y con los hombres y siempre ella era la que perdía.

Un grupo musical, en su canción "impotencia" expresó al respecto: "Tira las armas, la lucha dura desde hace demasiado tiempo ya... estás totalmente impotente... has gritado, llorado... tu lucha se hizo añicos contra muros invisibles, nunca lograste vencer."

Quizás en uno u otro momento un rayito de esperanza iluminó a la mujer que algún día podría hacerse un milagro en su cuerpo. Quizás hubo en ella una suave, pero segura confianza, de que Dios no la iba a abandonar. A lo mejor creció con el tiempo la confianza en Él, como muchos años antes lo testificó José, que tuvo que soportar tanta aflicción: "Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción" (Gn. 41:52; 50:20; lea Sal. 25:16-20; Dt. 26:7.8; Job 36:15).

Escuchemos una vez más al grupo musical que nos da una idea de qué manera podemos seguir adelante con nuestras "luchas de la vida": "Míralo a Él, el hombre en la cruz: Totalmente impotente cuelga allí, esa es la más grande prueba de Su amor. Su amor era el precio que determinó la batalla. Tú debes luchar con Su amor, esfuérzate en Él... la victoria está en Sus manos." (Lea Gn. 32:23-32; He. 12:1.2; 1.Co. 15:57.58.)

Día 4

Lc. 8:42b-44a

A la mujer enferma de flujo de sangre, la encontramos en la multitud alrededor de Jesús justo en ese día del cual la Biblia nos cuenta unos detalles. Aquí entre los apretones de la multitud ella actúa secretamente. Ella al comienzo escondía su sufrimiento delante de Jesús y de la gente. La multitud era su escondite y su oportunidad. Aquí era desconocida. Juntar ánimo y extender la mano tocando el manto de Jesús no era difícil. Ella tocó el borde, donde había flecos o franjas. Estos se encontraban en los bordes del manto sujetado con un cordón de púrpura azul o violeta. Ellos servían para recordar la obediencia a los mandamientos de Dios y significaban además una señal exterior de la pertenencia al pueblo de Dios. (Vea Nm. 15:37-41; Dt. 22:12.)

Hoy quizás, se determinaría tal conducta como supersticiosa. En aquel entonces muchos del pueblo creían que se sanarían al tocar los vestidos de hombres que hacían milagros (Hch. 19:11.12) o si su sombra cayese sobre ellos (Hch. 5:15). Vestimenta, paños y sombra no tienen poder curativo de forma mágica en sí mismo. Respecto a Pablo, Lucas escribe explícitamente que Dios hacía grandes milagros por mano de Pablo. Se nos dice que todos los enfermos y oprimidos por malos espíritus, que se acercaron a Jesús y los apóstoles, fueron sanados (Mt. 4:23; Mr. 6:56; Hch. 5:16). Los apóstoles recibían la autoridad para sanar directamente de Jesús, Su Señor (Mt. 10:1).

Resumiendo podemos decir: Dios es soberano y libre en Su actuar. Él puede obrar distinto de lo que esperamos o pedimos. Aunque no nos sanemos de la enfermedad, Él nos quiere revelar Su intervención en el problema.

Día 5

Lc. 8:44; Mt. 9:20-22; Mr. 5:25-29

¡Sana! Por fin

Pensemos, por un momento, en el suceso bajo otro aspecto: Uno podría preguntar a la mujer: "¿Acaso no te imaginas todo esto demasiado fácil? ¿Secretamente te acercas por detrás a Jesús, no hablas ni una palabra con Él y esperas que Él haga un milagro en ti y te sane? ¿No te parece que pides demasiado por tan poca acción de tu parte?"

Sin embargo Dios juzga nuestro actuar de forma diferente. En la Biblia vez tras vez encontramos a personas que en realidad tenían que hacer algo pequeño y simple, y Dios producía algo muy grande. Por ejemplo podemos pensar en Gedeón: Con trescientos israelitas se enfrentó a un ejército enorme de madianitas. Gedeón y su gente tenían el

encargo de levantarse con antorchas y trompetas y gritar “espada del Señor y de Gedeón”. Sólo por eso, quiere decir, por su obediencia y fe les otorgó Dios la victoria (Jue. 7; comp. Mr. 2:10-12; Hch. 8:26-40).

Lo que esa mujer hace es totalmente suficiente, porque lo hizo con fe y además porque se dirigió a la persona correcta, a Jesús. Hemos leído que en el momento de haber tocado a Jesús, su flujo de sangre se detuvo. Ella estaba sana. Después de tan largo tiempo, su enfermedad se detuvo. ¿Se habrá dado cuenta enseguida todo lo que significaba eso para su vida? Lo que ningún médico en los años pasados había podido lograr ¡le fue regalado ahora en un sólo instante! “Tener fe significa: haber salido del ámbito de lo calculable y experimentar de continuo sorpresas” (R.Lutero). Para la mujer sanada esa fue la sorpresa de su vida. No sabemos de qué manera ella expresó su agradecimiento. Tampoco se nos dice nada de cómo continuó su vida más adelante.

Día 6

Lc. 8:44

Lo que experimentó esta mujer en aquel día lo podemos encontrar en otras palabras escritas en Is. 53:4: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores.” Después de la curación de la suegra de Pedro se menciona justamente este versículo con la aclaración: “para que se cumpliese (por Jesús) lo dicho por el profeta Isaías” (Mt. 8:17). La mujer enferma experimentó un gran milagro referente a su salud. Sin embargo todos conocemos a personas que a pesar de muchas oraciones intensas tienen que vivir con discapacidades físicas o nosotros mismos vivimos esa situación.

Pablo escribe de su propia experiencia en 2.Co. 12:7-10. A veces los pensamientos de Dios nos resultan incomprensibles; hay cuestiones por las cuales se encuentran quizás explicaciones retrospectivamente. Sin embargo también en la angustia podemos aferrarnos a: “¡Los pensamientos de Dios son paz! Paz conmigo y contigo” (H.Winkel).

La niña surfista, Bethany Hamilton, en aquel entonces de 13 años, pudo experimentar esto aún con una discapacidad permanente: En el año 2003 sobrevivió a una ataque de un tiburón, donde perdió su brazo izquierdo. A pesar de muchas pesadillas y dolores Bethany se sentía amparada por Dios y fortalecida por su relación con Jesucristo. “Una cosa puedo decir”, explicaba, “Él es aquel que me ha ayudado a pasar por todo esto. Tengo un versículo especial que me dio un amigo cuando estaba en el hospital: ‘Pues mi plan con uds. es firme: Yo quiero darles felicidad, no tristeza. Yo les daré un futuro como uds. lo desean. Esto digo yo, el Señor’” (Jer. 29:11; lea Sal. 112:5-7; Job 19:25-27a; 2.Ts. 2:16.17; 1.Ti. 1:1).

Día 7

Sal. 121:2; 92:5; Is. 28:29

Después de pasar sólo cuatro semanas Bethany Hamilton nuevamente estaba sobre su tabla de surf. Ella continuó su desarrollo llegando a ser una de las mejores surfistas del mundo. En el año 2005 era campeona de América en su categoría. Entre tanto llegó a ser profesional y pertenece a la asociación de los surfistas mundiales y lucha por mantener uno de los mejores lugares en los campeonatos. (Lea Mt. 6:33; 1.S. 2:30b.) Escuchemos una vez más las palabras de Bethany Hamilton: “Yo no estaría aquí, si no hubiera pedido a Dios Su ayuda. Todo esto lo veo como parte del plan de Dios para mi vida. Y quizás esto tenía que pasar para que pueda contarlo a otros, para ayudarles a que lleguen al cielo.” Un diario muy conocido en Alemania comentó hace poco acerca de Bethany que ahora ya tiene 20 años: “En la actualidad se está realizando una película sobre su vida. Bethany no quiere saber nada sobre la idea de llegar a ser una estrella... En este tiempo en Oahu, una de las principales islas de Hawai se está rodando la película “soul surfer”... Con todas las actividades en Hawai Bethany Hamilton no da la impresión que el éxito económico le importe o lo disfrute. Ella es creyente en Dios, trabaja con agrado y muchas veces se ocupa de personas discapacitadas física o psicológicamente. En el contacto con otros es delicada,

casi tímida.” En la historia de Bethany Hamilton se observa que en la vida lo más importante no es estar completamente bien físicamente. Dios utiliza mucho más la vida de esta joven mujer por su extraordinario accidente, para que otros en todo el mundo llegaran a conocerla y que Él fuera conocido a través de su testimonio. (Lea Mal. 3:16-18; 4:2; Is. 59:19a; Jn. 17:10b.20-23.)

Día 8

Lc. 8:44-46; 5:17b

Para los discípulos, cuyo orador era Pedro, la pregunta de Jesús: “¿quién me ha tocado?” era ridícula e incomprensible. Con esta multitud de gente era lógico que le tocaran sin querer. Alguien como Jesús, cuyo nombre estaba en la boca de cualquiera, tenía que saber que había mucha gente que quería estar cerca de Él y tocarle. Pero nos damos cuenta que no era un simple toque, sino que alguien específicamente le había tocado: “Alguien me ha tocado a propósito; porque yo he conocido que ha salido poder de mí.”

¿Cómo debemos imaginarnos ese poder? El poder que viene de Jesús no es una fuente poderosa impersonal, que uno puede utilizar sin más cuando quiere. No, sino que el Señor con Su nombre y con toda Su persona lo respalda. Y también piensa en nosotros con toda nuestra persona. A Jesús le importa la relación. Él ve a cada uno en particular: aquí ve a esta mujer. Él la ama tanto como si fuera la única en el mundo. Jesús sabe con cuánto anhelo esa mujer busca sanidad, cuán gastada y agotada está de tan largo sufrimiento y cómo confía completamente en Él. Esa confianza Jesús no la quiere defraudar.

Jesús ve también nuestros pequeños y tímidos intentos de acercarnos a Él, y ¡se alegra! En una meditación espiritual alguien dijo: “¡Cuánto anhelo tendrá el Señor por sentir nuestro amor, ya que Él nos amó primero! La relación de amor a Dios nos fortalece. Ella es la fuente de poder que duplica nuestra fuerza.” (Lea Ef. 1:4-6; Jn. 14:20.21; 16:27; 17:26; 1.Jn. 4:16.)

Día 9

Lc. 8:45-47

Al principio todos negaron haber tocado a Jesús. Sin embargo la mujer se dio cuenta que no había quedado oculta y que Jesús insistía preguntando. Aún ella está muy conmovida por la tremenda experiencia y el gozo por su curación y ahora se atreve a dar un paso hacia adelante, por fe: Ella “declaró” delante de todo el pueblo lo que Jesús hizo en ella. Por primera vez habla publicamente de Jesús, ¡qué valor! Seguramente no le resultaba fácil, cuando se acercó temblando ante Jesús y se postró a sus pies. Es probable que por su enfermedad y los preceptos religiosos ya no estaba acostumbrada a estar entre tanta gente, y menos a hablar delante de ellos. ¿Acaso tenemos el valor y la disposición de contar a otros lo que hemos experimentado con Jesús, ante un grupo pequeño o quizás también grande? Si Él vive en nosotros, será uno de los más grandes deseos de nuestro corazón contar a otros de Él. (Lea Hch. 4:20.29-31; 18:9b.10; Fil. 1:14; Lc.12:12.)

Tengamos cuidado de no pasar demasiado rápido y descuidado acerca de lo que Dios ha hecho en nuestras vidas. Tenemos diariamente muchas razones para contar Sus grandes obras: “Cuántas horas hermosas ya me ha regalado Dios en mi vida, cuántos buenos años, cuánto amor. Cuánta ayuda pude ver en pequeñas cosas, ¿dónde estaría sin ella y quedando solo? ¿A cuántos ángeles habrá enviado Dios a mi favor, cuánta opresión ha quitado de mí? Cuánto consuelo encontré en tiempos difíciles. Cuánto aliento me dieron otros... Cuántas veces me sentí avergonzado y muchas veces sorprendido. Dios es bueno y a Él pertenece mi vida” (H.Heizmann).

Día 10

Lc. 8:47.48

“Tu fe te ha salvado.”

La mujer sanada no estaba solamente delante de una multitud de gente, también estaba delante de Jesús, sin saber cómo Él reaccionaría, si se enojaría y la reprendería o la castigaría porque no había guardado la ley judaica. Pero cuando la mujer expresó abiertamente delante de todos lo que había sucedido con ella, también Jesús la trató con total misericordia. La siguiente frase expresa exactamente la situación: “Donde existe misericordia, la vieja ley se terminó.” (comp. Mt. 5:17; Ro. 13:8-10; He. 10:16-18.) Jesús no reprende, no critica, no impone; al contrario: Con inmensa bondad y amor se dirige a la mujer. Se pone a su lado y nuevamente menciona y atiende las más profundas necesidades de ella, necesidades que ni ella misma conoce tan bien como Jesús. Él la llama: “¡Hija!”. Es la única vez, que Él llama así a una mujer. Después le dice: “Tu fe te ha salvado.” (Comp. Lc. 7:50; 17:19; 18:42.)

De esta manera la mujer recibió una doble ayuda: Primero Jesús la sanó de su sufrimiento físico, y ahora también se preocupa de que su alma sea curada. También en otros relatos de sanidades encontramos un vínculo muy estrecho entre sanidad física y la salvación eterna. La Palabra de Dios nos exhorta que la curación corporal nos responsabiliza también a permanecer en viva relación con el Salvador Jesucristo: Jn. 5:2-9.14; Mr. 10:51.52. Cuando Jesús nos habla personalmente, se refiere a toda nuestra persona, a todo lo que tiene que ver con nosotros como personas.

Día 11

Lc. 8:48

Podemos encomendarnos a Jesús cada día con todo lo que somos y tenemos, como lo hizo Martín Lutero al final de su bendición matutina: “Pues me encomiendo con mi cuerpo y alma y todo en tus manos. Tu santo ángel esté conmigo, para que el malvado enemigo no tenga poder en mí.”

Justamente Martín Lutero encontró a Jesús por medio de una frase bíblica que habla de nuestra fe. ¡Cuánto había luchado poniendo todas sus fuerzas para intentar conseguir la gracia de Dios por tremenda autodisciplina, lastimándose a sí mismo, largas oraciones hasta el agotamiento y haciendo buenas obras. Después de tanto batallar en su interior, encontrándose al borde de las fuerzas humanas, llegó como un rayo de luz la Palabra de Dios a él: “El justo por su fe vivirá” (Ro. 1:17). (Lea Ro. 3:22; 4:5; Gá. 3:6-9.14.) En este momento todo cambió en la vida de Lutero: La opresión se fue, paz entró en su corazón. La puerta al cielo se abrió para él. (Comp. Gn. 28:12-17; Jn.1:51; Hch. 7:55.56; Lc. 15:7a.)

También para la mujer de Lc. 8 se había abierto una puerta. En una canción dice: “Abierta de par en par está la puerta en Jesús para nosotros a la paz de Dios” (H.Winkel). Ella aceptó esa nueva perspectiva de vida, la nueva posibilidad de vivir, al testificar delante de toda la multitud su curación por medio de Jesús. Lamentablemente no sabemos nada de cómo siguió su vida después, pero sabemos que no tenía que vivir como antes. Jesús destaca su gran fe y confianza. La confianza es la condición para una buena relación y especialmente para nuestra relación con Dios y Su Hijo Jesús. “Confianza es: contar con Dios” (A.Schlatter).

Día 12

Lc. 8:48; Ef. 2:12-19

“¡Vé en paz!”

El saludo antiguo de paz “Shalom, paz sea contigo” (Comp. 1.S. 1:17; 2.S. 15:9), y que sigue efectivo en el moderno “Shalom”, con Jesús tiene un profundo significado. Él expresa que la enemistad entre Dios y el hombre ya pasó, ahora hay paz entre los dos. (Lea Nm. 6:26; Dn. 10:19; Is. 9:6; Lc. 1:78.79.) Aquella persona entonces puede estar tranquila y

calmada yendo hacia el futuro en esa profunda paz y con la esperanza eterna en su corazón. “¡Vé en paz!” dice Jesús a la mujer sanada. Si consideramos su situación al comienzo, nos damos cuenta: Su vida dio un vuelco de 180 grados al encontrarse con Jesús. Quizás nunca más se encontraron en su vida terrenal, pero la mujer podía estar segura que la palabra de Jesús tenía validez más allá de su vida terrenal.

También nosotros por fe podemos esperar que la promesa de Dios de paz permanezca en el tiempo y en la eternidad, porque Jesús consiguió la paz con Dios para nosotros por medio de la cruz. (Lea Ro. 5:1; Ef. 2:13.14.) La hermana Helga Winkel resumió en su canción “Los pensamientos de Dios son paz”, de la cual ya hemos citado algo en la exposición de este tema, ese mensaje feliz con palabras muy expresivas: “Los pensamientos de Dios son paz. Paz contigo y conmigo. En Jesús la puerta a la paz con Dios está bien abierta. A pesar de toda contienda de la cruz, de Su Hijo emana paz en nuestro tiempo. Paz, tan profunda y rica emana de la abundancia del Padre, paz y gozo al mismo tiempo. Acepta Su Palabra con confianza, toma el regalo de su paz hoy, ahora y en adelante.”